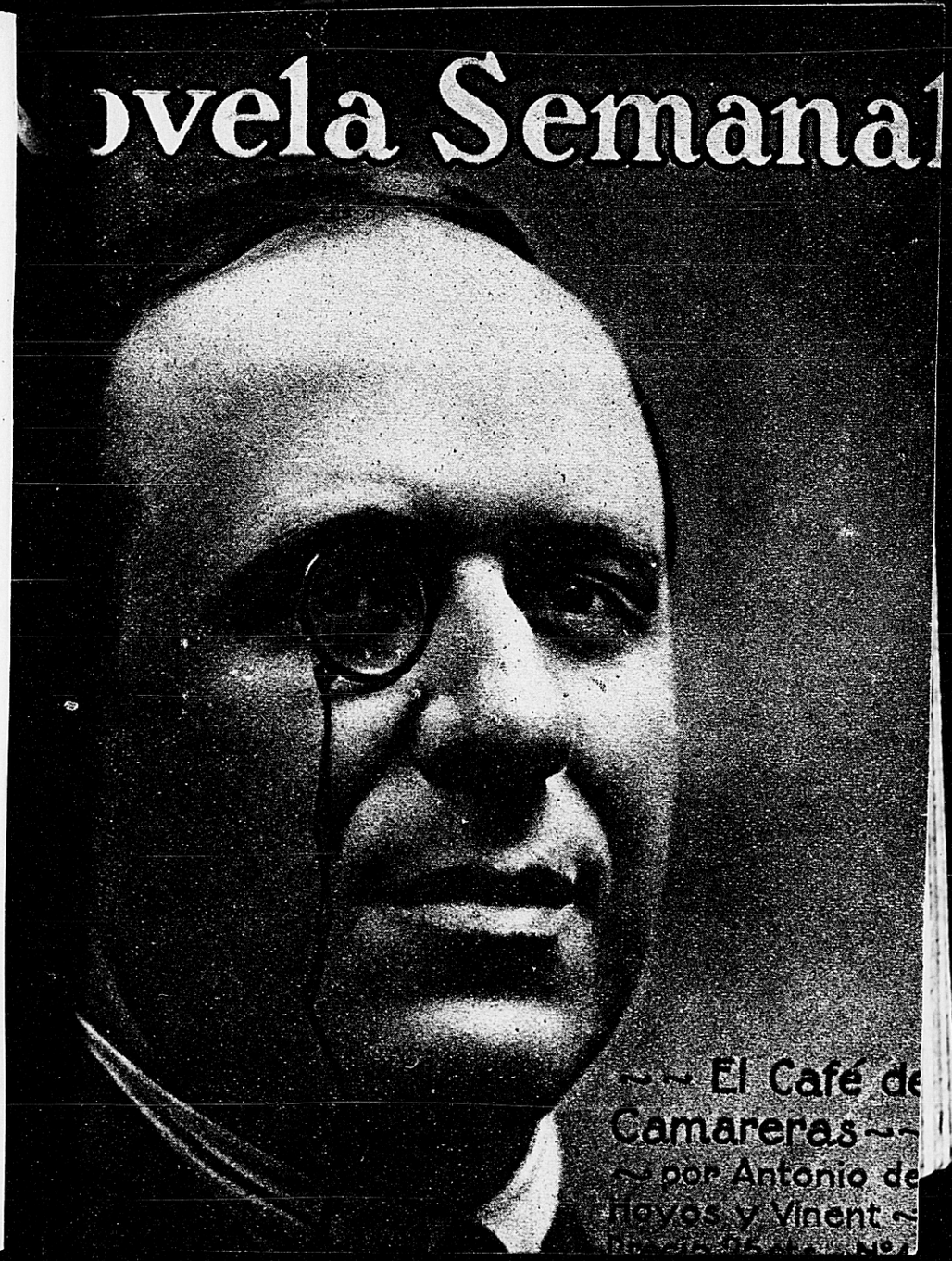
PUBLICACIONES
DE
Prensa Gráfica

ovela Semanal



~~ El Café de
Camareras ~~
~~ por Antonio de
Hoyos y Vinent ~~

47/155654-1

LA NOVELA SEMANAL

AÑO I 16 DE JULIO DE 1921 NÚM. 4

EL CAFÉ DE CAMARERAS

NOVELA DE

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

ILUSTRACIONES DE ZAMORA

PRENSA GR FICA
HERMOSILLA, 57 - MADRID

El Café de Camareras

I

Dónde «Llapisera» hace su aparición

En el silencio cóncavo de la noche, infinitamente más cóncavo dentro del vetusto y ruinoso caserón, creyó oir un aullido prolongado y doliente de bestia cogida en el lazo. Alzó los ojos del libro y escuchó. Nada. Decididamente no podía más; las argucias y sutiles distingos del *Canonico* le mareaban, produciéndole zumbidos de oído; padecía de alucinaciones. La escasez de luz, que hacía aún más lóbrega y tenebrosa la alcoba, grandota, alta de techo, destartalada en la ausencia casi completa de muebles; el frío, que tornábala aún más hostil, y la sensación de aislamiento que padecía en Madrid, oprimíanle angustiosamente, dándole ganas de llorar. Pensó en su madre; asióse angustioso á su imagen como

de niño se asía á sus faldas asustado por una sábana que el viento agitaba en *la corraliza;* refugióse en su recuerdo como antaño se refugiaba en su regazo, é intentó soñar.

Sentíase triste, con aquella su tristeza concentrada y meditativa de niño precoz, al parecer taciturno pero lleno en el fondo de una sed infinita de amor. Siempre fué así, un poco callado y misantrópico, despierto á veces en una alegría ruidosa y bulliciosa, verdadera alegría de chiquillo, como de chiquillo era también su tristeza. En aquellas crisis de exaltación hablaba optimista, hacía locos proyectos, prometíase triunfos resonantes y alzaba castillos en el aire. Su madre le oía con infinita ternura, con un amor crédulo y devoto que aumentaba aquel dulce aspecto de resignada serenidad santificador de sus gestos después de la muerte de padre.

En el paso de niño á hombre no había cambiado gran cosa. Físicamente tenía cierta meridional nobleza en la frente muy ancha, sobre la que caían algunos rizos castaños; en los ojos grandes y soñadores de un castaño casi negro que lucían en la faz angulosa de color caído, y en la boca pálida y triste de dientes desiguales. Un poco derrengado, un poco torpe y pueblerino dentro de las ropas de corte de bazar provinciano, tenía unas manos muy bellas, largas, finas y delgadas.

En el bienestar humilde de la casa aldeana, á solas con la madre abnegada y ferviente, que bajo sus tocas de luto y sus dedos cruzados con resignado ademán, guardaba una obscura y vo-

luntariosa energía cuando de aquel hijo se trataba, vivió una vida mansa y serena, pero llena de expansión interior. Fué una vida sincera, simple, con sentimiento, pero sin literatura.



Ahora, á la evocación de aquel maternal amor, el cuarto sórdido de gruesos maderámenes, alta chimenea rota y ennegrecida, suelo de ladrillos

rojos y amarillos y paredes cubiertas de un papel grisoso y sucio, la cama desvencijada y crujidora, la mesilla de noche de dudosa limpieza, el lavabo de hierro y la mesa central agobiada de libros y papeles, desaparecían y dejaban paso á la visión plácida de la casa familiar.

Diríase la mansión donde corrieran mansos los años de su niñez un verso de fray Luis de León, un ensueño de descansada y regalada vida lejos del mundanal ruido. Habitaban madre é hijo felices allí. La casa era grandona, un caserón de pueblo con enormes salas de altos techos cruzados por gruesas vigas. Pero los muros estaban enjalbegados y lucían cegadora blancura, y los baldosines rebrillaban de puro limpios. Los muebles eran pocos, mas esos pocos hablaban de la historia familiar; algunos cuadros bituminosos de Santos, unos cuantos retratos de finchados magistrados, sacerdotes llenos de unción y militares que calificaremos de bizarros, grandes cómodas de caoba con incrustaciones, sobre las que se tendían albos mantelillos bordados donde descansaban, bajo fanales, las Dolorosas de negro manto de terciopelo bordado de áureos emblemas y los Niños Jesús mofletudos y risueños, entre búcaros de vidrio azul con flores de trapo y candelabros de plata con rizadas velas, constituían el mobiliario. Sofás y sillas de enea completaban el ajuar.

Y allí todo era tibio, acogedor, amigo: desde *Canelo*, el perro fiel y saltarín, hasta *Blanquillo*, el viejo caballo. Parecía como que los viñedos

del *temprano*, las rosas del jardín y los granados del huerto le conocieran y amaran.

Pero no, no era alucinación de sus sentidos. Ruidos insólitos en la calma nocturna venían á despertarle de sus sueños; á lo lejos, hacia el lado del patio, los gritos lastimeros tornaron á oirse, repetidos sin cesar; luego, escucháronse en el pasillo las pisadas de una persona que andaba en chancletas; luego, abrir y cerrar de puertas.

Luis abandonó su calma distraída y salió al corredor. A la menguada luz de una bombilla que ardía al final, ya en el cruce con el pasillo de la cocina, vió avanzar á doña Teodora, doña Teo, como la llamaban sus huéspedes, gesticulando furiosamente, mientras profería lamentos y amenazas incongruentes, barajando el queso, los ratones, *Llapisera*, los abusos de confianza y la carestía de las subsistencias.

Ataviábase la dama á tales horas con galas harto marchitas, que desde luego descartaban toda pecaminosa idea de intriga amorosa ó aventura galante. Así, mientras su peinado, indudablemente por manejos capilares de Señor de Morfeo, aparecía deshecho, desrizado el flequillo y torcido el moño, su nariz pringosa, atacada de erisipela crónica, desaparecía bajo una capa espesa de polvos de patata. Pero si el pergeño era plebeyo y vulgar, los gestos eran dignos de una Casandra. Las palabras, verdad era, sólo por su entonación podían atribuirse á la tragedia griega, pues el léxico dejaba mucho que desear; pero en fin...

—¡Ay! ¡Maldita sea su estampa!... ¡Si estoy

hasta el mismísimo moño de él!... ¡So chulo! ¡Charrán! ¡Sinvergüenza! ¡Hacerme eso á mí, á mí, que soy una madre para él! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué hombre! ¡Dos quesos en seis días!... ¡Ya decía yo que eran muchos ratones! ¡Gracias que se le cayó la colilla la otra noche, y, claro, por el hilo se saca el ovillo!... ¡Charrán, más que charrán! ¡Así se haya quedado manco *in secula seculorum!*

Aquella muestra de erudición pareció tranquilizarla algo, y como los gritos cada vez resonaban más fuertes, apresuró el paso.

Luis la siguió. Atravesaron los pasillos inacabables, y ya en las cercanías de la cocina la *patrona* abrió una puerta, y entonces, á la luz de un candil, ofrecióse á sus ojos un espectáculo extraordinario.

El cuartucho era de exiguas proporciones; tenía los muros enyesados, pero tan sucios, grasientos y embadurnados, que más parecían de basalto. Hallábase ocupado casi por completo por un fementido catre y una silla que hacía veces de mesilla de noche, sosteniendo un candil y unos apuntes rotos y manchados. Al primer golpe de vista parecía carecer por completo de ventilación el tal cuarto; pero examinándolo bien veíase que poseía un ventanillo junto al techo. Y, cosa extraordinaria, de aquel ventanillo pendían unas larguísimas y flacas piernas que quedaban colgando á algunas cuartas del lecho.

Al verlo doña Teo comenzó de nuevo su extraño discurso entreverado de admiraciones, airados apóstrofes y desesperados lamentos:

—¡Bribón! ¡Charrán! ¡Chupasangres! ¡Zancas-



vanas! ¿No le dará vergüenza, tan grandullón y en el *preparatorio*, cuando criaturas de un palmo, que empezaron después, ya son unos señores abogados?

Mientras decía, los gritos de la víctima redoblaban, y la dama tornó á salir al pasillo, seguida siempre por Luis, á quien el drama interesaba ya. Abrió la cocina y en ella fuése á la despensa, cuya entrada franqueó.

Allí, del ventanillo que había junto al techo, pendía el tronco que faltaba á las piernas del otro lado; un tronco largo y escuálido, que sostenía una cabeza no fea ni antipática, y dos brazos que, en su desmesurada longitud, rivalizaban con las piernas y que iban á concluir ahora en unas manos prisioneras en un cepo de cazar zorros.

Al ver á su verdugo prorrumpió en desesperados lamentos:

—¡Ay, madre mía de mi alma, ay!... ¡Virgen de la Consolación, Cristo bendito del Olivar, que me he quedado manco, que tengo un dedo roto!... ¡Misericordia!... ¡Doña Tea, doña Teíta, por Dios, por compasión! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

La patrona rió con sorna, que pretendía encubrir la compasión que comenzaba á anidar en su ubérrimo pecho de matrona sensible:

—¡Ja! ¡Ja!... ¡Vaya, vaya con *Llapisera!* Conque los ratones, ¿eh?... ¡Mire usted qué pícaros ratones!... ¡Dos quesos en seis días!...

Pero el ladrón gemía:

—¡Que ha sido sin querer! ¡Se lo juro por mi padre! ¡Ay, doña Teíta, usted que es más buena que el pan!

Quiso ser ingeniosa á la manera que había leído en los folletines que lo eran las damas de la Corte de Versalles, é hizo un chiste fementido:

—Mejor que el queso, ¿no seré?

El otro jeremiaba con grandes visajes:

—Doña Tea, que es usted muy buena..., que es mi madre.

Luis, compadecido, atrevióse á intervenir:

—Puede que haya sido sin querer.

Doña Teodora miróle con enternecida compasión:

—¿Sin querer?... ¡Ay, pobriño, cómo se ve que no conoces el mundo! Corderiño, pombiña blanca, que como no es capaz de hacer daño á un mosquito, se cree que todos son como él.

Y como el prisionero siguiera gimiendo y llorando, acercóse á liberarlo:

—¡Calle, hombre, calle ya!... Si no es para tanto... Púselo á posta... ¿No decía que eran los ratones, los ratonciños los que tenían la culpa?... Velay, por mentir... Yo decía: «Ratonciños, ¿eh?...» Y saqué la trampa que tenía mi difunto para cazar en el campo.

Libre por fin el otro, habíase dejado caer en el catre y seguía gimiendo.

Era un estudiantón alto, fuerte; bajo su enjuta apariencia, bien plantado y hasta guapo si se quiere; flaco, largo y amarillo, pero con simpatía en los ojos negros y gracia en la movilidad del rostro. Moralmente, diríasele el más desaforado bribón que cabe imaginar; follón, embustero, dado á la rapiña y á la trapisonda; en el fondo, tal vez más bueno que el pan bueno.

Sus dotes de comediante poníanse de relieve ahora con mil aspavientos y visajes, que comenzaban á llevar la turbación al ánimo de la buena mujer, que, dotada en el fondo de una gran ternura y tocada de irresistible debilidad por él, se dejaba saquear de lo lindo. Mil extravagantes lamentaciones servían la mímica:

—¡Ay, Virgen mía! ¡Cristo bendito!... ¡Que me he quedado manco, que me he roto los dedos!...

Doña Teo, alarmándose de las consecuencias, que no creyera tan terribles, de la lección, acercóse á él solícita:

—¡Vamos, hombre, que no será grave!

Miróla el bribón con cariñosa lástima, y declamó enfático:

—Yo se lo perdono, doña Teo, se lo perdono todo. ¿Que me cortan la mano?... ¡Qué le vamos á hacer!... ¿Que me quedo manco para siempre?... ¡Paciencia y resignación! Pero nunca, óigalo usted, nunca permitiré que le toque la más mínima responsabilidad! Usted ha sido muy buena para mí, una madre, y jamás, jamás tendrá que arrepentirse... Su cariño está para mí por encima de todo... Una madre, es una madre; lo más grande del mundo.

Un ¡ay! lastimero interrumpió el bello discurso. Retorcióse en el lecho como si fuese presa de espantosos dolores y anunció con voz apagada:

—Me voy á la casa de Socorro á que me hagan la cura de urgencia; luego, al Hospital...

Ante tan luctuoso porvenir, ella, perdida ya la serenidad, intentó cogerle la mano para darse cuenta de los estragos causados por el cepo; pero

fueron tales los alaridos de dolor que profirió el farsante, que la infeliz, francamente horrorizada, decidió ejecutarse:

—Vamos, hombre, ¿no le dará á usted vergüenza chillar como si fuese una damisela...? ¡Más grandullón y con tanto melindre!... Vaya, cállese y le daré una pesetiña para que vaya á la botica y compre árnica y unas hilas.

Pero la peseta debió parecerle poco, por cuanto siguió gimoteando:

—¡Ay, mi mano! ¡Mi mano!... ¡Manco tan joven! ¡Ay!...

Y como quien no quiere la cosa deslizó entre dos gemidos que hubiesen hecho llorar á una roca:

—Una peseta es poco.

Completamente desmoralizada, ofreció:

—Bueno; cállese y le daré dos.

Buen conocedor del corazón humano, debió comprender que había llegado al límite posible, y con mil aspavientos y dengues se incorporó.

De buena fe ofrecióse Luis:

—Si quieres, te acompañaré.

Aceptó el estudiantón, y apoyado en el brazo de su amigo, bajó las escaleras á la luz del velón que sostenía doña Teo, poniendo en cada escalón la lástima de un gemido, mientras ella rezongaba sordas imprecaciones contra su destino adverso, que sobre privarla de una de las joyas más preciadas de su menguada despensa, le sacaba dos pesetas del bolsillo.

Ya en la calle, y causando el asombro de Luis, Juan, *Llapisera* por mal nombre, hizo unas cabriolas, pegó unas zapatetas, castañeteó los dedos de la mano enferma y rióse á carcajadas:

—¡Chiquillo! ¡La gran juerga nos vamos á correr con las dos pesetas de doña Teo!... Es una infeliz, más buena que el comer, pero hay que sacarle el dinero con forceps.

Lleno de cándido asombro, interrogó el provinciano:

—¿Pero no te duele?

El otro rióse á carcajadas:

—¡Qué me va á doler, *chaval!* Yo soy de gutapercha, y con dos plumas en el bolsillo no me duele ni un miserere... Ahora nos vamos aquí al lado, á un café donde conozco á unas chicas...

Llevóse los dedos apretados en racimo á la boca y chasqueó la lengua.

Luis se dejó llevar.

II

El encanto de los visillos de color de rosa

Aquel café tenía un nombre pomposo y magnífico, evocador de las pretéritas magnificencias de la Corte de los Austria ó de los Romanoff. Tal nombre, leído en el fondo de la calle obscura y pobre, á la menguada luz de una bombilla eléctrica mortecina y amarillenta, hacía surgir como por ensalmo las elegancias de Schembroun ó del *Palacio de Invierno*. No sé si en recuerdo de fenecidas magnificencias que le valieran en remotos tiempos el principesco apodo, ó bien por delicado homenaje á los valses de Offembach, oídos en su juventud, ó sencillamente, y es lo más probable, porque el nombre *le sonase bien*, es el caso que el ama había bautizado su establecimiento con la sonora denominación de «La Gran Duquesa».

Doña Presentación no había ido á domiciliar por los llamados *barrios bajos*. Bien estaba aquello para los cafés *de cante* á la antigua; pero el suyo era un *bar* moderno, servido por *distinguidas señoritas*, y necesitaba otro ambiente más fino. Así buscó lugares que, si con razón no podían calificarse de aristocráticos, á ella pare-

ciéronle mucho más elegantes que los castizos de Progreso, Toledo y Embajadores.

La calle, pues, en que fuera á refugiarse «La Gran Duquesa» era lóbrega, sórdida y, aunque cogida en la red de callejones que van desapareciendo con las obras de la Gran Vía, extraviada. Había en ella un palacio isabelino, grande y feo; otro de presuntuosa arquitectura que llamaremos, en la duda, alfonsina, por ser la que dominó en el reinado de Don Alfonso XII; una iglesia moderna de rojos ladrillos y columnillas imitando mármol, con ínfulas de mozárabe que, con sus arcas de herradura y sus rosetones de cristales de colores, semejaba un establecimiento de baños, y unas cuantas casuchas feas y ruinosas. En una de ellas asentaba sus reales el café.

Una portada bastante vieja y sucia, pintada de azul y blanco, y unas cortinas de percal rosa, constituían sus atractivos. A decir verdad, el atractivo radicaba, ante todo y sobre todo, en aquellas misteriosas cortinas. Tenían las tales un aire de pecaminoso secreto, un no sé qué de suciamente celestino, algo de irónico y canallesco hermetismo. Ignoro si era su espesor, el cuidadoso recato con que se cerraban sin dejar resquicio alguno libre por donde curiosear el interior del antro, ó si tal vez aposentábase en su aire rufián de cosa de lupanar; pero es el caso que, en complicidad con la portada y con un grueso cortinón de alfombra que impedía ver el interior al abrirse la mampara de cristales rayados, ejercían una rara fascinación. La calleja era solitaria y los alrededores del café más soli-



tarios aún, como si el globo de esmerilado vidrio con letras negras que alumbraba la muestra trazase, con el círculo de luz, uno de esos glaciales círculos mágicos que, aunque invisibles, son infranqueables. De tarde en tarde veíanse salir de

allí (nunca entrar) grupos de hombres. Como si todo aquello perteneciese á otro mundo, tenían su tipo especial; eran los más, señoritos juerguistas con el sombrero caído á la nuca y el gabán por los hombros, de esos que ya no se ven sino en los dibujos de hace veinticinco ó treinta años; los otros, *chauffeurs* de bigotes á lo kaiser, y *legüis*, no jóvenes ya, petulantes y fanfarrones. Alguna vez un *auto* ó una *moto* estacionaban ante la entrada, y entonces el aire de misterio aumentaba. Sin saberse la razón, imaginábase que allí dentro debían ocurrir *cosas*, vivirse horas muy densas y espesas.

A la puerta del café los dos nuevos amigos se detuvieron. Digo nuevos, porque, aunque llevaban dos meses juntos en la casa de huéspedes, el carácter silencioso y concentrado de Luis, su puntualidad de buen estudiante y su timidez, habían puesto entre él y los otros una barrera que Juan, preocupado con mil desatentadas diabluras, no se había preocupado nunca de franquear.

Llapisera anunció optimista:

—¡Verás lo que nos vamos á divertir!...—Y precavido—: No se te vaya á ocurrir sacar dinero, aunque lo tengas... Como las dos pesetas es poco, le damos *coba* al ama, y si no cae, pues armamos bronca con cualquiera, y cuando nos echen le damos una á los guardias y con la otra peseta nos vamos á otro sitio que conozco yo.

Luis sintióse asaltado por algunos escrúpulos aún. Las palabras de la madre anunciándole temerosos peligros volvían á su memoria; pero so-

bre todo, las más precisas y terminantes de su tío Rosales, especie de curador que le habían dado en Madrid para que le vigilase de lejos. En la sombra parecíale ver al vejete pequeño, encorvado, arrugado como una pasa, con su perfil ganchudo de judío y sus escasos pero largos y grasientos pelos canos cayéndole sobre el cuello lleno de caspa de la grasienta levita negra que vestía siempre: «Cuidadito con los cafés de camareras! Son unas mujerotas sin conciencia y despluman á los incautos en un santiamén. A uno de Lugo, amigo mío, le sacaron treinta y ocho pesetas de cerveza en una noche.» Y siempre, tras aquel ejemplo supremo, el vejete calábase el mugriento sombrero de anchas alas, metíase el gran paraguas de algodón bajo el brazo é íbase limpiándose el sudor, aunque helase, con el enorme pañuelo á cuadros verdes y azules. Todas aquellas advertencias impresionaban al provincianillo:

—No sé si sería mejor...

Llapisera abrazóle con un gran abrazo de afectuosa burla, un abrazo de viejo camarada jovial:

—Chico, no seas bobo... ¡Si no se comen á nadie!... En el fondo son unas pobres chicas.

La misteriosa cortina abrióse y se encontraron dentro.

El local era á modo de cuadra ó cueva, y á tal olía con un hedor acre de humedad que podía más que los perfumes de aquellas señoritas. Dos columnas de hierro pintado de plata sostenían unos arcos; bajo uno veíase el mostrador, con su

mármol pringoso y sus anaquelerías llenas de botellas conteniendo absurdos brebajes; bajo el tro abríase una galería que se prolongaba obscura y desierta. Junto al mostrador, el ama, una mujer gorda, fofa, abandonada ya, pero con aire de vehemente resolución, permanecía inmóvil.

El local estaba casi desierto; sentado al piano, un muchacho ciego, con los ojos apagados por tremendos males de maldición bíblica, tecleaba un paso doble que quería ser un *one step;* mesas vacías; en un rincón, una andrajosa criatura enclenque y encanijada, de color linfático y cráneo acéfalo, en veces allí de limpiabotas y de botones dormía; por fin, en una mesa, dos *chauffeurs*, con pantalón y gorra de uniforme y americanas claras, bromeaban con las mujeres, que les envolvían en un aura de fervorosa devoción, riéndoles los chistes duros como bofetadas. Sobre todo una de ellas, delgada, rubia y con los dientes amarillos, retorcíase de risa.

Llapisera explicó:

—Es la Nati y el *chauffeur* su novio. Está pero que *mochales* por él

La prójima se reía como si fuese á darle un ataque:

—¡Ay, Pepe, Pepito, qué gracia tienes! ¡Ay, mi madre, qué risa más grande!

Animado por el éxito, manoseábase con engallamiento el rubio bigote y cargaba las tintas de sus narraciones, que llegaban á hipérboles inauditas.

Nadie prestaba atención á los recién llegados. Herido en su amor propio de Virgilio de aquel

Dante de casa de huéspedes de cuatro pesetas, Juan dió unas palmadas:

—¡Eh! ¡A ver si va á poder ser que nos hagáis un poco de caso á nosotros!



Del grupo separóse una mujerona gorda, que daba la extraordinaria impresión de una careta de picador de toros con negra peluca de mujer, colocada sobre un corpachón de ama de cría. Era alta y gorda; tripona, los pechos enormes

descansaban sobre el vientre. Vestía una blusa de gasa grosella, adornábase de joyas de similor, casi todas premios de rifas; una falda muy corta dejaba al aire las piernas gordas, enfundadas en medias transparentes, y los pies, breves, calzados con zapatos de charol.

Llapisera la tomó el pelo:

—Mira que te has *equivocao*... Que aquí no hemos llamado al sereno... Tráete unas cervezas y di á esas que vengan.

Con aires de reina ultrajada alejóse rumiando no sé qué sibilinas injurias.

De mala gana, arrancadas á la mesa de sus amigos, todas menos la Nati fueron desfilando con el gesto desesperado de las vestales á quien el tirano saca del templo. Entre las siete que había, cuatro eran viejas ya, pertenecientes á ese antiguo gremio de camareras que se creían en el deber de ostentar, en obsequio de la clientela, un seno enorme y de llevar las bandejas en alto sostenidas por tres dedos—esto, el peinado con bandolina y el rostro embadurnado con la consabida mano de gato, eran las características inconfundibles—; las otras tres eran jóvenes, y no sólo no feas, sino hasta guapas. Una, Soledad, era andaluza, graciosa y dicharachera, menuda y vivaracha; tenía el pelo casi azul de puro negro; los ojos grandes, llenos de burlona picardía; la color olivácea, aunque maculada por la blancura de los polvos de arroz usados con profusión, y la boca grande, húmeda y roja; otra, la Pilar, era frescota, pechugona, con unas carnes muy blancas, frescas y apetitosas; tenía el pelo muy

rubio y no sabíase cómo se las componía para estar siempre despeinada; debía ser una mujer tremendamente sensual, pues miraba á los hombres con ojos húmedos y lánguidos, cual si fuese á



desfallecer, y al más mínimo contacto estremecíase como á la aplicación de una corriente eléctrica. La tercera, en fin, era una pobre nena, frágil y menudita, que tenía unos ojos verdes muy grandes y muy tristes. la cabellera negra

y rizada, alborotada en torno de la cabeza como la de Tadea Aries en el cuadro de Goya, y una naricilla respingada que no bastaba á dar alegría á la carita enfermiza.

A Luis, Merceditas, la nena, le fué simpática, y como las otras, un poco desdeñosas para los señoritos *boqueras*, desfilasen hacia la mesa de sus *chauffeurs*, ceremoniosamente la invitó á sentarse:

—Haga el favor de tomar asiento.

Ella obedeció, casi cohibida. Y los dos quedáronse mirando el uno al otro, sin saber qué decirse. Al fin Luis, con un esfuerzo de mundanalidad, interrogóla, por hablar de algo:

—¿Es usted madrileña?

Azorada, no menos ceremoniosa, aclaró:

—No, señor; soy de Valladolid...

Sonrió él con efusión afectada, como si acabase de descubrir su parentesco con Don Alvaro de Luna:

—¡Caramba! ¡De Valladolid! De allí tenía yo un amigo...

La Nati y su *chauffeur* habíanse puesto á bailar un *schottis*, cuando abrióse la puerta con estrépito é hizo su aparición la partida sensacional.

Indudablemente era gente *chic*, que realizaba en pleno Madrid lo que en París antes de la guerra llamaban *la tournée du grand duc*. Más que divertirse de verdad, aparentaban divertirse, llamaban la atención, se exhibían, hablaban muy alto de sus cosas, hacían alarde de despreocupación y reían y alborotaban. Formaban el grupo una actriz francesa que debía hallarse en las postri-



merías de la juventud (suponiendo que la juventud llegue hasta los cuarenta y cinco años), una de esas vagas artistas que ponen en sus tarjetas «del Apollo de París» ó «del Empayer de Londres», porque allá por los años de la Nanita, siendo querida de un banquero multimillonario, actuaron en esos teatros ocho días. Muy guapa, la cara de una artificiosidad audaz de maquillajes, el pelo rojo, el sombrero de mosquetero, enorme, colgado de una gran pluma verde; el cuerpo casi andrógino moldeado en una túnica de terciopelo negro sobre la que se destacaban unas esmeraldas regias, dábaselas de despreocupada, de desprendida, repartiendo duros y haciendo preguntas de una indiscreción agresiva á todo el mundo, como si fuese una reina estudiando de incógnito las necesidades de su pueblo. Otra era una mujer madura y más elegante que *chic* (los comienzos de obesidad de la cuarentena eran más propicios), que conservaba restos de una gran belleza, y que muy rica, gracias á la generosidad de un amante muerto en México, lucía preseas de emperatriz. En cuanto á la que iba con ellas, debía de ser italiana; tenía el perfil de una *Madona* de Boticelli, la mueca desdeñosa y el gesto atrozmente afectado. Moldeada en una túnica de plata, bajo la pelliza de chinchillas, sin más adorno que un hilo de perlas enormes, sonreía fría y altiva.

Los hombres eran los que se ven siempre en compañía de tales mujeres; dos de ellos, maduros ya, de elegancia exageradísima y vagamente afeminada, luciendo alguna joya insexuada de nabab. de César ó de cortesana antigua, oliendo



á rosas, á ámbar y á tabaco oriental; el otro, un *bambino* demasiado guapo y demasiado provocador que sobaba á las mujeres y se timaba con los hombres, en una camaradería sospechosa. Y con el grupo, dos bárbaros con aspecto de luchadores de feria ó de picadores de toros, seguramente guías y guardias y tal vez favoritos, algo así como los aurigas de Theodora ó los gladiadores de Heliogábalo.

Metían aquellas gentes mucho ruido, chillaban y reían. Unas botellas de «N. P. U.» pedidas con largueza habían despertado de su modorra al ama y fascinado á las camareras, que mariposeaban sin cesar en torno á ellas; un par de duros deslizados en la mano del pianista le habían galvanizado infundiéndole raros bríos. Decididamente, los forasteros enseñoreábanse del café. Las mujeres bailaban abandonadas en una entrega lasciva en brazos de los hombres; el *bambino* jugaba perezoso y desvergonzado con las más viejas y las más feas, y los otros dos inclinábanse con vagas llamaradas de deseo sobre las más jóvenes. Sólo Merceditas, triste y distraída, había permanecido alejada primero y, ya en el grupo por pesadas insistencias de las otras, ausente al parecer, refugiada en su mundo interior. Aquel mutismo tuvo la virtud de intrigarles, y comenzaron á ocuparse casi exclusivamente de ella, que, de rechazo, se tornaba más pequeña, más concentrada, más insignificante.

Para hacer gracia á los señores, las camareras metiéronse con ella, gastándole bromas no siempre de buen gusto; el ama repetía sin cesar:



—¡Jesús! ¡Qué *asaura* de niña! ¡Qué dirán estos señoritos!

Todos reían de las bromas de las otras mujeres; entonces uno de los tíos, con intención de aumentar la algazara, púsose á hacerla el amor á lo vivo, con grandes ademanes descompuestos y groseras audacias. Ella, en vez de seguir la broma, parecía querer meterse bajo tierra; estaba próxima á llorar. Aquello acrecentó la diversión. El hombre empeñóse en bailar con ella. La nena murmuró, asustadísima:

—¡Si no sé!... No bailo nunca.

El se empeñó:

—¡Alguna vez había de ser la primera!

Protestó:

—Que no sé...

Las compañeras intervinieron, malignas y serviles:

—¡Mujer, no seas *pasmá!*

—¡Ni que fuesen á comerte!

—¡Eso es despreciar!

El ama, á su vez, puso su comentario:

—¡Jesús, qué *asaúra* de niña!

Sintiéndose sostenido por la pública opinión, el pretendiente recurrió á las vías de hecho. Púsose en pie y cogiéndola por un brazo, tiró brutalmente:

—¡Anda y no amueles más, narices!

La chiquilla se tambaleó y concluyó echándose á llorar.

Entonces cayó sobre ella una granizada de burlas soeces y de insultos:

—¡Jesús, con la niña!



—¡La señorita del pan *pringao*
—¡Ni que fuese de vidrio!
—¡Ay, mi madre, qué *delicao* está el tiempo!

Avergonzada y llorosa buscó un rincón donde refugiarse. Al pasar por la mesa de los dos amigos, la llamaron:

—Anda, ven, siéntate aquí—animó *Llapisera*.

Obedeció. Luego, al sentirse en país amigo, no pudo contenerse y dió suelta al llanto. Así pasó un rato, durante el que Mercedes tosió y llevóse el pañuelo á los labios varias veces. A Luis parecióle que lo retiraba moteado de sangre.

—¿Qué tiene usted? ¿Está enferma?

Al conjuro de la voz cordial sonrió al través de las lágrimas:

—No es nada; un poco de catarro.

Olvidando la penuria económica, brindóla espléndido:

—¿Quiere algo? ¿Una copita?

Hizo ella una mueca de repulsión, y afirmó ingenua:

—¡Si no me gusta!... Bebería agua, pero se va á enfadar doña Presentación.

Tras vacilar un momento, el estudiante la preguntó bajito, temblándole la voz y empleando tímidamente el tuteo:

—¿Quieres que te espere luego, á la salida?

Alzó hacia él los grandes ojos tristes y pareció escrutar el fondo de los suyos. Al fin murmuró:

—Bueno.

III

Idilio bajo la lluvia

—Nena, nenita, ¿me quieres?

—¡Luisillo! ¡Si tú supieras!...

Interrumpióse para toser con una tos dura y seca que parecía desgarrarle el pecho. Después del acceso retiró de sus labios el pañuelo enrojecido y quedó jadeante, muy pálida, temblando de frío junto al amado. El quiso abrigarla con su capa española y la estrechó contra su pecho. Sintióla frágil, leve, casi ingrávida, temblando como un pajarillo bajo el liviano abrigo de terciopelo negro que era la librea de su miseria.

Estaban en la esquina de la calle donde «La Gran Duquesa» asentaba sus reales. En el anochecer de Enero, la rúa tendíase mojada y desierta con su aspecto de desolación infinita. Al fondo, alumbrado por el globo de luz, veíase el café.

Luis propuso, pesaroso de separarse de la amada:

—¿Damos una vuelta?

Para convencerla miró el reloj de la torre de la iglesia y comentó:

—No son todavía las cinco.

Ella murmuró, dejándose llevar:

—Tengo que venir en seguida. Ya sabes que si llego tarde me ponen multa.

Enfilaron unos callejones sórdidos y malolientes, flanqueados de burdeles y tabernas. El piso era de guijarros y estaba lleno de barro; algunos obreros volvían del trabajo encogidos bajo los andrajos empapados de agua. Veíanse siluetas confusas de miserables trotacalles. Llovía otra vez.

Mercedes paróse para toser; él la acarició levemente y luego hablóla exaltado:

—Es preciso que te pongas en cura. Con un poco de cuidado, eso no es nada; si lo dejas te va á durar un siglo. Mira, lo que tú necesitas es campo, alimento sano... En cuanto haga mejor tiempo, nos vamos los dos juntitos y vivimos hechos unos salvajes... ¿Quieres, di, nena, neniña, quieres?

La pobre neniña afirmaba con la cabeza y le sonreía tristemente, con la doliente melancolía con que una madre segura de la muerte próxima escucharía los locos proyectos trazados por su hijo. En todo corazón de mujer hay algo de maternal, un tesoro infinito de amor, una adivinación del sufrimiento y una abnegación que hace tomarlo para sí.

Luis seguía fantaseando, escribiendo con sus palabras bañadas de emoción las estrofas de una égloga. Irían al campo, un campo divinamente convencional, con trigales de oro y praderas verdes salpicadas de amapolas de fuego. Allí la amada jugaría con los corderillos, oiría cantar los



pájaros en las enramadas, ordeñaría las vacas rubias y se miraría en el claro espejo de los riachuelos.

Después habló con enternecimiento de la madre lejana:

—¡Si vieses, nena, qué buena es y cuánto me quiere! Más adelante, cuando nos casemos, la conocerás y la querrás como yo.

Tristemente, meneó ella la cabeza:

—No querrá ella de mí, porque soy una mujer mala.

Protestó vehemente:

—¡Qué has de ser tú, Mercediñas!... Te querrá.

El idilio se había desarrollado desde la noche del café, fervoroso, cándido y melancólico. Para el estudiante, el ambiente en que vivía la amada era algo nuevo, extraordinario. Pero los cristales rosados que el amor ponía sobre sus ojos no le habían dejado ver toda la crudeza triste que había en aquellas vidas.

Los primeros días, su presencia en el café fué comentada con irónico sarcasmo; después, como no alborotaba, no se metía con nadie, no molestaba, le dejaron en paz. Las horas deslizábanse allí pesadas y soñolientas, en una penumbra propicia. Algunas veces venía una pandilla bullanguera y parecía animarse todo con ruidosa alegría; pero en el fondo era una alegría contrahecha, superpuesta, una alegría artificial que traían de fuera. Habitualmente la existencia deslizábase monótona y vulgar, casi burguesa, en una extraordinaria noción de la vida burguesa sin moral. Realmente todas aquellas gentes vegetaban en su fracaso, que ponía en sus almas primitivas hiel y melancolía. Algunas creíanse guapas, aunque las más sabían que su belleza se había ido para siempre como se había ido su juventud, esperando que la puerta aquella se abriese una vez para dar paso á la fortuna, á la gloria ó al amor. Pero sabían también que, sin la mentira de la alegría ó de la juventud, no podrían resistir, y fingían creer. Era una existencia convencional en que se ataviaban con peregrinas galas que en ninguna parte sino allí podían verse, en que se engalanaban de joyas absurdas y en que creían los más extraordinarios mitos con sólo asegurar *que se lo había dicho un chauffeur amigo suyo*. A lo único que habían llegado era á perder la noción del tiempo, que se deslizaba sin ruido, como la arena de un reloj. Alguna vez sus almas sentían una divina inquietud errabunda y emprendían un viaje absurdo á Valencia de Alcántara, á Benavente ó á Talavera de la Reina. Luego volvían con una aureola de misterio como la que antaño rodeara la frente de los descubridores de México ó del Perú. Pero por regla general no se movían de allí. Tenían sus novios y sus clientes, y á falta de grandes acontecimientos en su vida hacían que los pequeños y vulgares les pareciesen grandes. Era como si su vida entera fuese un acecho, la espera de *algo*... que no llegaría nunca.

Más penosa, aunque efímera, puesto que la pasión tornaba los chamizos en palacios de *Las mil y una noches*, fué la impresión que le causara la casa de ellas. Vivían con su hermana

en un cuartucho interior con ventana á un patio de vecindad, allí cerca del café, en un callejón patibulario por donde transitaba poca gente los días de trabajo, pero por donde los sábados, domingos y fiestas de guardar había gran algazara de soldados, obreros y chulos que venían á ofrendar en los altares de la Venus plebeya. Como las dos hermanas eran camareras, se acostaban muy tarde y habían de estar temprano en el café, compuestas y acicaladas, no tenían tiempo de mirar por la casa y todo andaba manga por hombro. El mobiliario era escaso, viejo y maltrecho, pero desaparecía bajo una avalancha de pingajos de colorines, de pringosos tarros de afeites, de calzado viejo y de programas, postales y carteles, presidido todo por un cromo muy grande de la Virgen de la Soledad, con el corazón atravesado por siete espadas de plata. También veíanse allí algunas fotografías, en su mayor parte de compañeras, algunas de toreros ó de mecánicos de uniforme. La hermana de Mercedes, la Pura, era una mujerona alta, grandullona, picada de viruelas, con un pecho enorme y unos ojos que debieron ser espléndidos. Había estado en el hospital y hablaba con un vozarrón bronco y áspero. Era muy chulona, muy castiza, sabía andar contoneándose y no tenía pelos en la lengua. Vivía *englobá* (decía ella) con un chulo gandul, vago empleado del matadero—donde nadie, ni él mismo, sabía lo que hacía—, que la maltrataba y le quitaba el dinero. Ella lo quería á su modo. Un día, hablando con Luis, habíale confesado: «Es muy bruto, muy

mala sangre; pero le tengo ley.» Otro dia, como después de maltratarla había desaparecido y el estudiante la aconsejara aprovechar la ocasión para sacudírsele, ella le habló sincera: «¡Ay, niño, qué fácil de decir es eso cuando se es un chaval, no hay que ganarlo y se *tié* madre que mire por uno! ¡Pero si vieras tú qué negra es la *vía* cuando se va siendo vieja, no se *tié ná* y está una más *desampará* que la torre de la Vela! Luego, después de un día de bregar con tanto tío ladrón, cuando se vuelve en *ca* y se *tié* frío y pena, hace falta un arrimo, ¡aunque sea el capitán Sánchez!» Y en tal ambiente, el idilio había sido forzosamente triste y opaco, sin generosas explosiones de júbilo juvenil, ni grandes alegrías, sin más luz que la que reberberaba su amor. De su casa á la de Mercedes, de allí al café, y ya de madrugada, otra vez al nido.

Claro que con aquel vivir irregular Luis no estudiaba nada, y, lo que es más grave, como su menguadísima pensión de estudiante daba para poco, embrollábase económicamente. El que había sido la puntualidad personificada, edificación de los profesores y ejemplo ofrecido á sus compañeros, comenzó á faltar á clase, y como al volver, y agotadas las excusas en pocos días, hallase primero caras de interrogación y luego de severidad, dejó en absoluto de ir. Otra cosa fueron los apuros monetarios. La primera vez que acudió á don Adalberto Rosales, su señor tío, en demanda de metales preciosos, pretextando una medicina que comprar, éste ayudóle sin dificultad ninguna; la segunda vez torció levemente el

gesto, y, por último, la tercera, cuatro días antes, miróle fíjamente por encima de los lentes, cosa que en él era señal de desconfianza. Aquella mirada quedósele fija en la imaginación; tan escrutadora, aguda y sagaz fué. Sin ir más lejos, la misma tarde, en el cotidiano paseo con su novia, parecióle sentirla dos ó tres veces fija en él.

El reloj de la iglesia dió las cinco. Parados en la esquina, se despidieron.

—¿Vendrás luego?

—A la noche.

—No faltes, Luis.

—¡Neniña!

Luego imploró él:

—¡Dame un beso!

Miró ella azorada á un lado y otro, y luego le ofreció los labios. Inclinóse juntando su boca á la de la nena; pero ella separóse vivamente:

—¡Ay!... Allí, en aquel portal, había un tío que parecía que nos estaba espiando... ¡Con tal que no sea un policía y me eche una multa!

El también había visto. Por un momento creyó reconocer la silueta de don Adalberto; luego rióse atribuyéndolo á aprensión suya. ¡Bueno era Rosales para salir á coger frío! Esperó que la novia entrase en el café. Consultó la hora. Las cinco y cuarto. Ya era tarde para clase. ¡Bah! Un día más... Fuése al billar de la calle de la Luna.

IV

La implacable virtud

Dos días después, cuando Luis, que había retornado á su casa ya amanecido, dormía á pierna suelta, despertáronle unos golpes dados á la puerta de su cuarto. Tiróse de la cama y, soñoliento, malhumorado, furioso contra el intruso que así interrumpía su sueño, fué á abrir. Retrocedió instintivamente, desvelado de golpe y porrazo al encontrarse frente á frente con su tío. Buscó una excusa verosímil y al fin balbuceó:

—¡Tengo un catarro atroz!—Y para dar verosimilitud á la cosa, púsose á toser desesperadamente.

Pero don Adalberto no hizo caso de aquella ...os, y siempre frío, severo, ordenó:

—Vístete, que tengo que hablar contigo.

Trató él aún de despistar, de sostener su coartada, de engañar al buen señor. Todo inútil; sin perder su calma, pero también sin hacer de sus palabras más caso que del ruido de un moscón azotando los cristales, conminóle:

—Date prisa en vestirte, que tengo que hablar contigo.

Ya vestido, su tío, que se había sentado tranquilamente en una silla, dijo así:

—Lo sé todo.

Y á un gesto de vaga protesta de él, interrumpióle:

—No niegues; no trates de mentir ni de engañar; no harías sino empeorar las cosas.

Muchas veces había, en sus solitarios paseos, pensado Luis en lo que haría y diría cuando llegase el caso; pero ahora, como por ensalmo, parecía habérsele olvidado todo y no encontraba ni una sola excusa aceptable y muchísimo menos el buscado gesto de rebeldía.

El vejete, sentado frente á él con su raído gabán color ala de mosca, sus greñas blancas, su bufanda verdosa, sucia y apolillada, tenía una misteriosa autoridad. Era su familia, su casa, sus gentes, la sociedad toda que venía á pedirle cuentas de su mala conducta. El pañuelo de hierbas que tremolaba sin cesar antojábasele al pecador como la bandera del deber.

Volvió el viejo á tomar la palabra:

—No digas nada, no mientas, no protestes. Aquí no he venido á reñirte, ni á hacerte reproches; he venido sencillamente en nombre de tus padres, á los que represento, en nombre de tu padre muerto, que supo honrar el nombre que llevaba para legárselo inmaculado á sus hijos; en nombre de tu buena, de tu santa madre, que no tiene más que á ti, que hace grandes sacrificios y se priva de todo para darte una carrera que te haga un hombre de valer, pero, sobre todo, un hombre honrado; de tu pobre madre, que moriría de pena y de vergüenza si supiese..., como tendrá que saber si tú no me haces caso.



Con ternura imploró Luis:

—¡Por Dios, que mamá no sep.

Rosales quedósele estudiando un rato:

—Esa súplica te honra, porque demuestra que aún hay buenos sentimientos en ti, que no está embotada toda idea de delicadeza en tu corazón; pero al mismo tiempo agrava tu falta, porque muestra que no eres inconsciente, que comprendes todo el alcance de lo que has hecho...

¿Dónde estaban sus arrestos? ¿Dónde aquel valor que se adjudicara á sí mismo? ¿Por qué no clamaba su generosa rebeldía? ¡Ah! Si estuviese su madre allí, se echaría á llorar y ella sabría comprender y perdonar; pero la angustia del valor grave, casi representativo que cobraría su historia al través de las cartas quitábale toda resolución.

Su tío prosiguió:

—No basta que el cariño de tu madre te enternezca; es preciso que por respeto á ti mismo reintegres esa aventurilla á la calidad de tal, que el día que tengas una mujer honrada y unos hijos á quienes educar no te veas precisado á bajar la cabeza con la vergüenza de tener en tu vida el recuerdo de una mujerzuela.

¡Una mujerzuela! ¡La dulce Mercedes una mujerzuela! Ahora sentía la noble, la generosa rebeldía palpitar en su corazón; ahora iba á defenderla. Apenas supo balbucear:

—Es muy buena, la pobre...—Y en voz casi inteligible—: La quiero...

El viejo miróle con socarronería; luego desplegó ante él su pañuelo de cuadros, como si

fuese á hacer un juego de manos; al fin prosiguió:

—Todos hemos sido jóvenes alguna vez...—aquella declaración parecía algo extraordinario en sus labios—. Todos, todos hemos cometido locuras á nuestra hora; pero hemos procurado que no viertan su sombra sobre nuestra vida maculándola para siempre. Yo soy una persona comprensiva y sé perdonar y olvidar. Tu madre lo ignorará todo; de mi bolsillo pagaré tus pequeñas deudas; las cosas se olvidarán; pero para ello es preciso que hoy mismo acabes con esa desdichada; que esa mujerzuela salga para siempre de tu vida.

Luis comprendió lo que querían de él, y, lo que es peor, comprendió que cedería, que su voluntad de niño no era bastante robusta aún para resistir. Un flujo de atropelladas palabras brotó de sus labios; como esos chiquillos que juegan inconscientes hasta la hora de la separación, y luego imploran desesperadamente, habló entre lágrimas y gemidos, implorando compasión para su pobre amor.

Don Adalberto fué inflexible, y tras un rato de lucha los temblorosos dedos del chico trazaron la carta atroz:

«Descubiertas las cosas por mi familia—dictaba Rosales—, me obligan á irme de Madrid. No sé dónde, pero aunque lo supiese sería igual, pues todo ha concluído entre nosotros para siempre. Le ruego no me busque, como yo no la buscaré tampoco.»

Luis lloraba.

V

El pobre amor

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

De vez en cuando alzaba la cabeza y, por entre la doble fila de tejados, veía una franja de cielo intensamente azul espolvoreado de estrellas de oro. La noche de Mayo era tibia, suave como una caricia; veíanse ventanas abiertas é iluminadas y se adivinaban coloquios como aquel que pone Shakspeare en los labios de Romeo y Julieta.

Luis vagaba lento y taciturno; estaba triste, infinitamente triste. El tiempo no había servido para nada y era tan absoluto el vacío de su vida, que parecíale andar sobre algodones por una inmensa cavidad sonora. Su amor vivía agazapado en su corazón como un pájaro enfermo en un nido vacío. Los días eran largos, inacabables, y no le quedaba el recurso del estudio, porque los términos jurídicos mostrábansele enteros, unánimes é impenetrables como bloques de granito. Ni aun el consuelo de la amistad de Juan quedábale. Este no había pronunciado una palabra de desaprobación, ni dado un consejo, ni intervenido en nada; pero notábasele frío, reprochador, concentrado en sí mismo.

Al principio, la fuerza misma del sacrificio le dió fuerzas para vivir; pero luego, á medida que

transcurría el tiempo, una nostalgia infinita de ternura y amor se enseñoreaba de él. Pasaba horas y horas ante el libro ensimismado en sus recuerdos, sin acertar á descifrar ni una línea; otras veces vagaba por los alrededores del café con confusa esperanza de encontrarla. Nada sabía de ella. Pensó interrogar á su amigo, pero temió, avergonzado, la respuesta. Don Adalberto, por todo consuelo decíalé *que había que ser hombre*. ¡Ser hombre!... ¿Qué era aquello? ¿Ser cruel, frío, duro, egoísta, sacrificar los sentimientos á los prejuicios, ser severo para sí mismo para poder ser implacable con los demás?...

El corazón le dió un vuelco en el pecho y lanzó una exclamación de alegría. ¡La Pura!

Ella le vió y fuése derecha á él:

—¡Hola, charrán!

Temblando de emoción interrogó:

—¿Mercedes?...

La mujerona se puso triste:

—¡Ay, chaval, está pero que muy *malisma!*

Balbuceó:

—Juan no me dijo nada.

La Pura, con un gesto muy cañí, se subió el mantón de espumas:

—Ya lo sé; también sé que estabas triste... El *Llapisera* nos lo decía: «Nena, no sufras, que está *chalao* por ti.» Pero ella, ¿sabes?, no quería que te avisasen por el aquel de tu mamá y del fantasmón de tu tío... Si no fuera por eso, cualquier día la hija de mi madre te miraba á la cara, con lo charranes que sois *toos*...

Egoísta como los niños, quejóse él:

—He sufrido mucho.

La Pura le miró meneando la cabeza y estirando los labios:

—Buena la has hecho, criatura... En fin, si te hablo es porque por el *Llapisera* sé que te has *acordao*... ¡Hombre más cabal que Juan!... ¡Si no es por él!... Porque á la Merceditas le han *dao* unos vómitos de sangre que creí que se las liaba... Gracias que él llevó un médico amigo suyo...

Luis afirmó resuelto:

—Quiero verla.

La otra pareció dudar.

—Habrá que prepararla... No sea que ahora le dé un sopiliponcio con la alegría... Y tú, á ver si pones una cara de Pascuas, que está muy *escamá* con eso del morir.

Quedaron acordes. Luis corrió hacia la casa de huéspedes; de tres en tres subió los escalones y llamó impaciente. Salió doña Teo.

—¡Josús! ¡Ni que hubiese fuego y fuese la bomba! ¡Pues no es nadie trayendo prisa!

Luis preguntó:

—*¿Llapisera?*

La patrona rió:

—Estudiando. ¡Mire usted por dónde le ha ido á dar!

Corrió al cuarto y abrió la puerta. Los brazos del amigo le recibieron fraternales. Luis gimió:

—¡Se muere, Juan, se muere!

El otro ocultó una lágrima, afirmando para animarle:

—¡Qué se va á morir, hombre! ¡En cuanto te vea, antes de quince días la tienes en la calle!

VI

Gozos del dolor de amor

Hacía calor aquella noche de Junio. En la alcoba de la enferma, sin más ventilación que un mísero ventanillo al patio, olía á sudor, á calentura y á medicinas. A los pies de la cama, ante la Virgen de la Soledad con los siete puñales clavados en el pecho, ardían dos lamparillas de aceite, y á su menguada luz veíase destacarse esquelética en el lecho la silueta de la moribunda. Sobre las almohadas, rodeada del negro nimbo de la cabellera la mascarilla de cera, en que la muerte afilaba la naricilla, palidecía y adelgazaba los labios y hacía enormes los ojos tristes dentro de las hondas cuencas azules, surgía trágica.

Luis, sentado junto á la enferma, guardaba entre las suyas una de sus manos, que besaba de tarde en tarde. En la salita contigua, Juan hablaba con la Pura.

Había sido el lento agonizar de la pobre criatura una tragedia estrafalaria, pero infinitamente dolorosa, llena de arbitrarias y humildes abnegaciones. La Pura, dominada por aquel bruto que la vapuleaba sin piedad, hacía el sacrificio

de sus propios sufrimientos en aras del amor de la pobre enferma, y cuando, á las altas horas de la noche, volvía él borracho, se encogía y se mordía los labios ante los golpes para ahogar los gritos de dolor. *Llapisera*, por su parte, había sabido tener delicadezas casi maternales y hacer el holocausto de su libertad, para él el más grande de los holocaustos. En cuanto á Luis, ese sólo acertó en su desolación inmensa á poner el dulce bálsamo de su amor.

La nena miróle ahora con sus tristes ojos que parecían contemplarle desde muy lejos:

—¡Luis!

—¡Nena!

—¡Me muero, Luis!

—¡Qué te has de morir, chiquilla, si estás mejor ya!

—No, Luis, no; me muero..., ¡y puede que valga más así!

El la besó la mano para ocultar el llanto:

—No digas eso—murmuró en voz baja.

Calló ella un momento; luego, como siguiendo su pensamiento, suspiró:

—¡Puesto que no podía ser!...

Hizo un esfuerzo para dominar su pena:

—No hables tonterías, nenita... Te pondrás buena y nos iremos allá, al pueblo, con mi madre... Te querrá mucho y será muy buena contigo... Cogeremos muchas flores...

—Cogeremos muchas flores...—repitió ella como un eco.

Pareció adormilarse otra vez, con un sueño fatigoso en que debía ver extrañas cosas.



En el cuarto contiguo hablaba la otra pareja:

—¡Parece mentira que una mujer de tus méritos esté *chalá* por ese bestia!

La Pura encogióse, fatalista, de hombros:

—¡Es el aquel del querer!

—¡Lo que debías hacer es plantarlo de patitas en la calle!

Quedó pensativa; luego sus palabras reflejaron un dolor muy íntimo y muy profundo:

—¡Si vieses la falta que le hace á una un arrimo! Yo voy estando vieja y la soledad me da miedo y frío... Mira, con berrinches, con golpes, con *too*, le tengo ley, ¡vaya!... Y mejor que sola... —Luego añadió bajito—: ¡Y ahora *entoavía* más!

Juan fué á ver qué pasaba. Como Merceditas parecía descansar, encaróse con su amigo:

—Ya que esta duerme, ¿por qué no repasas un poco?... Mira que mañana te examinas...

Pero alzó hacia él una mirada en que había tal desconsuelo, que apresuróse á rectificar:

—¡Al diablo los libros! ¡Si te suspenden, no te vas á morir por ello!

Las horas siguieron deslizándose lentas hacia esa hora que es como una caída en un abismo sin fondo y que se llama la *última hora*. Ya á la madrugada, y cuando penetraba allí una luz verdosa de turquesa, Merceditas se agitó en el lecho:

—¡Luis!

—¡Mi vida!

Hubo otra pausa; luego ella, delirando al parecer, habló lejana, siguiendo un secreto hilo de pensamientos:

... Cogeremos muchas flores...

—Muchas, mi vida—gimió él.

Pareció volver á la realidad. Melancólica, imploró:

—¿No me olvidarás nunca, Luis?

Con voz desgarrada de pena, suspiró:

—¡Nunca, nena, nunca!

Jadeaba ahora angustiosamente, y sus manos pálidas como la cera se abrían y cerraban sobre el pecho cual si quisiese arrancarse un peso de encima. Luis llamó:

—¡Juan! ¡Juan! ¡Pura, por Dios!

Una sacudida estremeció el cuerpo demacrado, y luego la pobre niña quedó inmóvil, un poco de sangre entre los labios.

Luis, caído de rodillas, sollozaba.

VII

Horas

Juan, dueño de sí, habló autoritario:

—Las siete, Luis; á las ocho debes de estar en la Universidad...—Y á un gesto de él—: Piensa en tu madre... Aquí no tienes nada que hacer ya...

El estudiante miróle angustiado; comprendió. Salieron rápidos y corrieron á la casa de huéspedes. En el cuarto de Luis quedaban pocas cosas que valieran algo; algo de ropa, libros de texto... Lo demás, durante la enfermedad de la nena, había ido pasando á las casas de préstamos. Con desaliento murmuró él:

—Por esto no darán nada.

Juan cogió todo y luego llamó á su amigo:

—Ven.

Fueron al cuarto del otro. Poco también: una americana vieja, la petaca, un par de botas... *Llapisera* hizo un lío con ello y cogiendo las sábanas de la cama, lo ató:

—Como es con buen fin, doña Teo nos perdonará la trastada.

Salieron. En la primera tienda de compra venta que hallaron abierta les dieron unas pesetas por

sus riquezas. Fueron á un puesto de flores de la contigua plaza. Rosas. Eran caras y daban pocas. Luis permanecía mudo, con un aire torvo y concentrado. Juan regateó. Al fin, ante la resistencia de la vendedora, explicó pueril:

—Es para la novia de éste, que se ha muerto... No tenemos más.

La mujer miró á Luis y vió en su rostro devastado un tal dolor, que se sintió enternecida.

—Bueno; llévenselas si quieren... Ya me las pagarán... Y si no, pues vayan benditos de Dios.

La ciudad se llenaba de vida. Corrieron. Pura no se había movido de allí. Arrodillada, rezaba. Luis dejó caer con infinito amor las rosas sobre el cuerpo de la amada; luego la besó en la frente con doliente piedad.

Juan tiró de él:

—Vamos.

Volvieron rápidos hacia la hospedería, en busca de los programas, pero al entrar en el cuarto se detuvieron. Sentado en una silla estaba el señor Rosales. Al verles púsose en pie y áspero, severo, se encaró con su sobrino, haciendo caso omiso del otro, á quien parecía no ver.

—Aquí estoy con el encargo preciso de tu madre, de que hoy mismo, en cuanto pase el examen (que, claro, es supérfluo, puesto que demasiado sé que toda la noche con bribonas, de juerga por ahí, no es preparación), te meta en el tren y te envíe á tu casa. De aquí á entonces no te separarás de mí ni un minuto. No he de ocultarte que si de mí dependiese irías á un correccional donde te enseñarían a olvidar amigotes sinvergüenzas y mujerzuelas descocadas...

Cada vez que nombraba á la amada muerta, Luis tornábase aún más pálido y cerraba los ojos como si fuese á caerse. Don Adalberto exhibió el pañuelo y prosiguió:

—Ya que no has sabido respetar tu nombre ni los sacrosantos principios de nuestra religión que te inculcaron de pequeño, merecías un castigo ejemplar. Tu madre, sin embargo, llevada de su amor por ti, ha preferido que fueses á su lado. ¡Dios quiera que no se equivoque!... Y ahora, andando.

Luis tendió los brazos á su amigo.

—¡Adiós, Juan!

El otro, disimulando una lágrima, murmuró:

—¡Valor!

Luego, cuando salieron, sentóse á la mesa, cogió un plieguecillo de papel y empezó una carta: «Muy señora mía». Debía ser cosa difícil, por cuanto se dió una palmada en la frente:

—¡Mecachis, qué carta!

.....

Junto al tren, don Adalberto Rosales creyóse en el caso de repetir prosopopéyico sus impertinentes vaciedades:

—Ya ves á lo que conduce la mala conducta. Suspenso; un año de vida perdido y malgastado; un año cuyo verdadero valor sólo sabríamos con exactitud si comparamos lo que representa en el total de la vida humana; un disgusto horroroso para tu madre, y grandes gastos. Todo por de-

jarse arrastrar por amigotes sablistas y vividores y mujerones descocadas y sin pudor...

Luis apretaba la boca y cerraba los ojos para no gritar su pena á los cuatro vientos. Al fin el tren arrancó, y ya solo en el coche de segunda echóse á llorar con infinito abandono. Sus labios murmuraron la invocación infantil:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Sintió que le ponían una mano en el hombro y avergonzado, creyendo que era el revisor, alzó la cabeza.

¡Juan! Juan, en mangas de camisa, que le miraba con fraternal afecto.

—¡Tú! ¡Cómo tú en el tren y así!

Explicó sencillamente:

—¡Como que porque al mochuelo, al ave de mal agüero de tu tío se le metiese en la cabeza te iba á dejar yo irte solo, así! ¡Vamos, hombre, quita de ahí! Hasta el pueblo no puedo ir, porque en la cochina casa de empeño no me han querido dar más por la chaqueta; pero cuatro ó cinco estaciones...

—Pero, ¿y volver?

Llapisera se rió:

—Pues una pata delante de la otra... ¡No será la primera vez!

EPILOGO

Tardaba mucho en dormirse; su misma fatiga, los nervios distendidos después de la tremenda tensión de aquellas horas crueles, los pensamientos, los recuerdos, las evocaciones tristes, todo contribuía á mantenerle despierto. Además, extrañaba el gran lecho pueblerino, las sábanas de grueso lino con su tosco frescor aromado de membrillo, el cuarto enorme con las paredes enyesadas y los viejos muebles familiares, destacándose en la semipenumbra en que dejaba la habitación la palomilla que ardía sobre la cómoda ante la imagen de la Virgen que guardaba un fanal de vidrio.

Recordaba como una pesadilla el viaje terrible; el temor, por otra parte, de llegar; el arribo á la estación, y, en fin, á la casa materna. Su madre no le había dicho nada; ni una queja, ni un reproche, ni una pregunta. Le había mirado, y en aquel mirar adivinó el infinito dolor de volver á hallarle así, pálido, desencajado, flaco, triste y fatigado.

En las pocas horas que allí llevaba, sentíase como acolchado contra los golpes exteriores, como guardado con infinito amor á todo contacto rudo. Y aquella ternura discreta, aquel cariño vigilante é invisible, le emocionaba aún más.

¡Nena, nena, pobre Merceditas! ¡Su amor había sido tan humilde, tan resignado y bueno!...

Las lágrimas deslizáronse calladamente por sus mejillas y fueron como benéfica lluvia. En aquel momento la puerta se abrió y vió avanzar sigilosamente á su madre, que al hallarle despierto interrogóle en voz baja:

—¿No duermes, hijo mío?

Movió la cabeza negativamente. Entonces ella sentóse á su lado y le cogió la mano. Hubo un largo silencio. Al fin volvió á interrogar:

—¿Rezas aún, hijo mío?

—Sí, mamá.

Ella propuso entonces:

—¿Quieres que recemos un *Padrenuestro* por tu pobre padre?

Asintió. Por unos momentos escuchóse en la estancia el murmullo de la oración. Luego propuso ella:

—Otro por tu pobre hermana Laura.

Acabaron. Sucedió nueva pausa más larga. Entonces la madre, valerosamente, ofreció el bálsamo de sus rezos al corazón sangrando del hijo amado. Muy bajo, en voz casi imperceptible, propuso:

—Ahora, uno por *ella*, para que Dios la perdone y nos perdone á nosotros: «Padre nuestro que estás en los cielos...»

FIN

Puede adquirirse

La Novela Semanal

de los vendedores ambulantes.

En casa de los corresponsales de Prensa Gráfica en todas las poblaciones de España.

En todos los quioscos y puestos de venta de periódicos.

En las Bibliotecas de las Estaciones de los Ferrocarriles, y en

PRENSA GRAFICA

APARTADO 571

MADRID